

ban bajo la dirección de un solo prelado las diócesis de Noyon y de Tournai, y la Flandes, comprendida en ellas, mostraba aún grande aversión al Evangelio. Era sin duda esta carrera la más proporcionada á la caridad de Eloy; y no tardó un momento en visitar aquel campo tan vasto, sembrado de innumerables espinas y peligros. Los antuerpianos ó habitantes de Amberes, los frisonos, los suevos establecidos cerca de Courtray, y otras muchas familias medio salvajes, esparcidas hasta el mar, mirado todavía como término del mundo habitable; corrieron al instante á manera de bestias feroces prontas á despedazarle; pero la superioridad natural de la virtud les infundió primero el respeto, y luego su dulzura y su bondad los acabó de ganar enteramente. Corrian en gran número á ser instruidos, y todos los años en el día de Pascua bautizaba á una multitud innumerable. Redujo á muchos, así hombres como mugeres, á abrazar la vida religiosa y los ejercicios más eminentes de la perfección.

San Amando y San Omer, que anunciaban ya el Evangelio en los lugares vecinos, le ayudaron en la conversión de los Países-Bajos (1). Nació Amando en Aquitania, es decir, según el estilo del tiempo, al otro lado del Loira, pues era de Herbauges cerca de Nantes, en Bretaña. Desde sus más tiernos años siguió la vida monástica, mirada entonces casi como el único camino de la virtud; más se convenció bien pronto de que el Señor quería que pasase su vida sin domicilio fijo. Por todas partes caminaba como extranjero recorriendo muchos países, lo que no le estorbó, á pesar de los efectos que ordinariamente produce esta inestabilidad, que llegase á ser un gran Santo. Esta inclinación se aumentó de tal modo, que uniéndose las dos potestades para hacerle

(1) Tom. 2 Act. Bened. vit. S. Amand.

obispo, aceptó el obispado con la condición precisa de que no había de tener Silla determinada. Revestido así del carácter episcopal principió á predicar con consentimiento de San Acario, predecesor de San Eloy, en los territorios de Gante y de Tournai, y luego en el Brabante. Previno también de una Real orden muy singular, si está fielmente traducida, pues dice que se obligue á los idólatras á recibir el bautismo. Padejó sin embargo trabajos increíbles, siendo los más ligeros los oprobios y los ultrajes. Azotado con frecuencia cruelmente, arrojado en el cieno, precipitado en los ríos, se le presentaron mil ocasiones semejantes de traer á la memoria la máxima de San Gregorio el Grande, de que las conversiones deben dimanar del convencimiento y no de la violencia. Por último, su invencible paciencia y sus milagros lograron lo que la fuerza y el peso de la autoridad no habían podido conseguir. Los idólatras más obstinados no hallaron réplica alguna contra la resurrección de los muertos; porque habiendo el Santo obispo restituido la vida á uno de ellos que acababa de ser ajusticiado públicamente por sus robos, destruyeron inmediatamente sus templos, y fueron en gran número á suplicar al Santo que sin tardanza los hiciese cristianos.

Estos prósperos sucesos escitaron su celo á ir á procurar otros en la Germania y hasta el otro lado del Danubio, en donde los esclavones, que salían á la sazón de los bosques del Norte, se habían derramado por todas partes. Hizo en ellos poco fruto, y regresó á la Bélgica: partió después á Roma, donde había estado ya otra vez antes de ser obispo, y se le apareció allí San Pedro, exhortándole á que volviese á predicar á las Galias. Aun no había salido del reino para ir á anunciar el Evangelio en las regiones remotas, cuando el rey Dagoberto, cuya conducta reprobaba con la libertad de un

Apóstol, le arrojó de su presencia y de sus Estados; más este príncipe, que en medio de sus desórdenes conservaba bajo diferentes aspectos una fe viva, mandó al punto que le buscasen por todas partes, para que viniera á bautizar el primer hijo que hasta entonces había tenido de todas sus mugeres; y con el fin de conseguir más fácilmente la bendición del cielo sobre el joven príncipe, quiso que Amando le adoptase por hijo espiritual. Negóse el Santo á este ofrecimiento honorífico, pero administró el sacramento de la regeneración al infante, á quien pusieron el nombre de Sigeberto, el cual dió luego con sus virtudes un nuevo esplendor al trono de Austrasia, y llegó á merecer por ellas el culto público. Dicese que como al tiempo de darle la bendición de los catecúmenos no respondiese nadie contestó el infante de solos cuatro días clara y distintamente: *Amen*.

Habiendo ascendido este príncipe al trono, triunfó por fin de la repugnancia que manifestaba el santo obispo á encargarse de alguna iglesia particular; y de acuerdo con los prelados y el pueblo le estableció en la silla de Tongres, trasladada á Maastricht á mediados del siglo V, después que los hunnos arruinaron aquella ciudad. Volvió no obstante, al cabo de tres años, á su método acostumbrado de trabajar en la conversión de los infieles, sin estar fijo en Silla alguna. En este género de vida apostólica se ejerció todavía largo tiempo, habiendo obtenido para ello el permiso del Sumo Pontífice. Diéronle sepultura cerca de Tournai en el monasterio de Elnon, que él mismo había fundado y cuyo nombre conservó hasta estos últimos tiempos.

Levantó otros dos en Gante, de los que el uno conservaba el nombre de San Bavon, su discípulo, y el otro el de Mont-Blandin, en donde fué edificado. San Florberto fué el primer abad de ambos, y dió asilo en ellos

al santo obispo Livino que había pasado allí desde Irlanda para predicar en la Bélgica, donde consiguió la corona del martirio.

Cediendo el rey Sigeberto á los consejos de San Remacio, á quien habían sacado de Salinas para reemplazar á San Amando en la silla episcopal de Maastricht, fundó también los monasterios de Estavelo y de Malmedie en la selva de Ardenas. Entonces era esta la devoción dominante que la Providencia encaminaba á los designios de su sabiduría, concediendo numerosos asilos á la pureza de la doctrina y de las costumbres; preservativos que eran más necesarios que nunca contra la ignorancia y la depravación que la amalgama de tantos bárbaros no podía menos de producir. Así se fundaron también en los Países Bajos la abadía de San Guillen, discípulo de San Amando: la de Marchiennes, cuyo primer abad fué Jonás, otro discípulo de Amando (1); y la de Nivelles, levantada por sus consejos en favor de Gertrudis, hija del ilustre Pipino de Landen, jefe de palacio. Dió lugar esta última fundación á otras muchas de varios monasterios ó hospicios que se fundaron para piadosos irlandeses, tales como los Santos Ultano y Foillano, hermanos de San Furisi (2). Gertrudis opinó que sería muy útil á sus hijas en Jesucristo, atrayendo cerca de ellas directores hábiles en la conducta de la vida interior. A los veinte años era ya abadesa, y murió á los treinta y tres: su sucesora, que era sobrina suya, contaba también solos veinte años cuando la nombraron abadesa. Observemos aquí hasta qué punto variaba, según los tiempos y los lugares, la observancia, ó por mejor decir, la inteligencia de los cánones que negaban el veio á las doncellas hasta la edad de cuarenta años.

(1) Bolland. 17 Mart.

(2) Conc. Gall. tom. 6. pag. 1832.

No fué menos útil San Omer que San Amando á los pueblos de la Bélgica (1). Necesitaban de un apóstol para obispo los de Buloña y de Teruana, convertidos al cristianismo desde el siglo tercero, pero vueltos á contagiar la mayor parte de ellos con la idolatría. Dócil el rey Dagoberto al consejo de San Acario de Noyon, que fué educado como Omer en Luxeu de donde salió antes que él, le hizo sacar de allí también para elevarle á la silla de Teruana, en 657.

Llegaron algun tiempo despues otros tres discípulos del abad Eustasio á auxiliar al nuevo obispo en los trabajos apostólicos. Llamábanse Mommolino, Ebertrano y Bertino, y eran todos ellos paisanos, naturales, como Omer, del pais de Constanza, sacerdotes y muy versados en las ciencias eclesiásticas. Un caballero convertido por San Omer le regaló el terreno de Sithin, en donde este pastor celoso levantó un monasterio para aquellos dignos cooperadores. San Mommolino fué su abad algun tiempo, antes de ser promovido á la Silla episcopal de Noyon; sucedióle San Bertino, que dejó su nombre á esta abadía; y San Ebertrano fué abad del monasterio de San Quintin en el Vermandois.

Los discípulos de San Omer fundaron por su parte tantos monasterios, que solo podemos enumerar los principales. Tales fueron el de San Vandrillo, que primeramente se llamó Fontenelle: el de Jumiega en la misma diócesis de Ruan; y el de San Germer en la diócesis de Beauvais. Los tres tuvieron unos fundadores muy ilustres delante de Dios y de los hombres, y aun distinguidos en la corte en la que habian desempeñado cargos de la mayor importancia y trabado amistad con San Omer. Conservaban dos de ellos el nombre de sus santos fundadores; y el de San Vandrillo tuvo en

(1) Vit. Audom. ap. Mabill. in Annal.

breve tiempo hasta trescientos monges (1). Tenia cuatro iglesias por la parte de adentro y algunos oratorios por defuera. El santo abad trabajaba con sus manos para dar ejemplo, aun en su avanzada edad que llegó á noventa y seis años; y sin embargo se ocupaba también en la salvacion de las almas y en la conversion de los idólatras que residian aun en el pais de Caux. Tuvo varios discípulos muy ilustres, entre los que se distinguieron los Santos Lamberto, Ansberto y Ercomberto (2). Los dos primeros fueron sucesivamente abades despues de San Vandrillo y luego arzobispos: Lamberto de Leon, y Ansberto de Ruan. Ercomberto, que fué hecho obispo de Tolosa en edad muy avanzada, regresó al cabo de doce años cubierto de canas á terminar pacíficamente su dichosa carrera en su abadía. San Filiberto, también amigo de Omer y retirado de la corte en la flor de su edad al monasterio de Rebais, fué el fundador de Jumiega. Logró un conocimiento profundo de la vida religiosa mediante la lectura continua de los mejores ascéticos, particularmente de las reglas de San Macario y de San Basilio, y también por su residencia en los monasterios de Luxeu, de Bobio, y de los mas célebres de Francia é Italia. Levantó por último á tres leguas de Fontenelle ó San Vandrillo su abadía de Jumiega, en el territorio que con este objeto logró del rey Clodoveo y de la reina Santa Batilda. Al principio admitió en él setenta monges, cuyo número se aumentó en breve tiempo hasta cerca de quinientos.

No honraba menos el estado religioso en Grecia y despues en Africa San Máximo con sus virtudes y profunda doctrina, y sobre todo con una modestia que hacia subir

(1) Act. Bened. Tom. 2, pag. 514.

(2) Ibid. p. 604.

de punto sus cualidades superiores (1). Nació en Constantinopla de padres ilustres, cuya grandeza era de las principales de la corte: su mérito brillante le elevó á la clase de primer secretario de Estado; mas abandonó la corte imperial retirándose al monasterio de Chrysópolis cerca de Calcedonia, en el que fué bien pronto abad. Los estragos causados por los bárbaros, verosíblemente los persas, que ocuparon largo tiempo los contornos de Constantinopla, teniéndola como bloqueada, le obligaron á pasar á Africa, y este fué el primer teatro de sus trabajos brillantes contra la heregia de los monotelitas.

Pirro, patriarca de Constantinopla, sucesor de Sergio, se encontró con él cuando despues de la muerte del emperador Heraclio no hallaba este desgraciado prelado seguridad alguna, á no ser huyendo lejos de su Silla, la que sin embargo no renunció. Pocos son los extravíos que no producen en la adversidad algun remordimiento. Pirro habia salido del monasterio de Chrysópolis, en donde conoció toda la rectitud y capacidad de San Máximo, y aceptó gustoso una conferencia propuesta por el patriarca Gregorio, gobernador de la provincia, que quiso asistir personalmente á ella con muchos obispos y otros sugetos de distincion.

Examinóse estensamente en ella la cuestion sobre las dos voluntades y operaciones en Jesucristo, como también sobre el modo con que debia enseñarse este punto segun la doctrina de los Santos Padres (2). El artificioso Pirro empleó todos los sofismas del error vistiéndole de ingeniosas formas con la sutileza de un griego acostumbrado largo tiempo á la disputa; pero forzado en

(1) Tom. 1 opusc. Vit. S. Max.

(2) Epist. ad Hegum. Sicul. tom. 2 pag. 159 et seq.

todos sus atrincheramientos, convino en que esta disputa no era indiferente: que la fé se hallaba en ella esencialmente interesada, y que los católicos siguiendo á San Sofronio tenían razon en no tolerar que no se hablase de una ó de muchas operaciones; indiferencia perjudicial que proporcionaba á los sectarios la ventaja que tanto habian ansiado de nivelar la doctrina de la Iglesia con las novedades profanas. Habia aprobado Pirro esta conducta en un congreso de obispos, y se estremecia al reflexionar la deshonra que su retractacion habia de causar á aquella especie de concilio. Máximo, que en esta ocasion nos manifiesta las condiciones necesarias para un concilio nacional, replicó: «¿Cómo llamais concilio á una asamblea reunida contra todas las reglas? La carta circular se escribió sin el consentimiento de los patriarcas, y falta en ella la fecha del dia y del lugar: no intervino promotor ni acusador: los obispos que formaron esta asamblea carecian de la autorizacion de sus metropolitanos, y los metropolitanos de la de sus patriarcas, no habiendo enviado cartas ni diputados.»

Por último, Pirro se mostró sinceramente reconocido, abjuró formalmente sus errores perniciosos, habló en tono de penitente, y tuvo á gracia particular el pasar á Roma á presentar al Soberano Pontífice en presencia del clero y del pueblo el libelo de retractacion escrito de su mano. El Papa Teodoro, que habia sucedido á Juan IV en 24 de noviembre del año 642, trató á Pirro como á verdadero patriarca de Constantinopla, por no haber sido depuesto canónicamente, y le hizo preparar una silla cerca del altar, le dió dinero para agasajar al pueblo, y proveyó honrosamente, á espensas de la Iglesia romana, á todo lo necesario para su alimento. Mas este patriarca inconstante tornó á caer bien pronto en el precipicio de donde apenas se le habia sacado,

Ya antes, el emperador Constante, que reinaba desde el mes de octubre del año 641, instigado de Pablo sustituido á Pirro durante la desgracia de este, habia dado un decreto con el nombre de *Typo* ó formulario, tan pernicioso como la *Écthesis* de Heraclio que el *Typo* suprimia. Como él no admitia la doctrina de una operacion ni tampoco el dogma católico, no hizo mas que aumentar el daño que al parecer queria evitar. Tan cierto es que los paliativos, por muchos que sean, jamás pueden servir de remedios, y que la indiferencia en materia de dogma es por lo regular mas perniciosa que el error mismo.

«Prohibimos, decia (1), á nuestros súbditos católicos que en lo sucesivo disputen en cualquier sentido que sea acerca de una ó dos operaciones ó voluntades, sin perjuicio de lo que ha sido decidido con respecto á la Encarnacion del Verbo. Mandamos que se atengan á las santas Escrituras, á los cinco Concilios generales y á los únicos lugares de los Padres cuya doctrina es la regla de la Iglesia, sin aumentar ni suprimir, sin explicarlos segun el particular dictamen, sino que sigan las cosas en el estado que tenian antes de estas disputas como si no se hubiesen suscitado.» Ordena despues que si los transgresores son obispos ó clérigos, se les deponga; si son monges, se les excomulgue y eche de sus conventos; si son empleados, se les quiten sus destinos; si son particulares ricos, se les confisquen sus bienes; y que á todos los demas se les castigue con el destierro y con penas corporales y afflictivas.

El Papa Teodoro, que habia recibido ya muchas quejas contra Pablo, y que le habia avisado infructuosamente por medio de sus cartas y de sus legados, creyó que no debia retardar mas tiempo su con-

denacion. Se cree que esta fué pronunciada al mismo tiempo que la de Pirro, el cual pasando de Roma á Rávena poco despues de su retractacion, profesó de nuevo el monotelismo, seducido al parecer por el exarca con la lisonjera esperanza de tornar á ocupar la Silla de Constantinopla. Indignado el Sumo Pontifice de una recaida tan pronta, y que hacia al culpable tan justamente sospechoso de hipocresia y de perjurio, reunió en la iglesia de San Pedro á los obispos y al clero, y pronunció la deposicion de Pirro fulminando anatema contra él (1). Sabiendo ademas por el enviado de San Sofronio, Esteban de Dora, que el patriarca de Constantinopla se habia atribuido contra los cánones el vicariato de la Silla de Jerusalem, empleó todo el poder que le daba su primacia en tales circunstancias, y nombró al mismo Esteban por su vicario en Palestina, con orden de deponer los obispos irregularmente ordenados, si al menos no abjuraban las novedades á que debian su ilegítima promocion.

Para la condenacion de Pirro mandó el Papa Teodoro traer el santo cáliz, y firmó la sentencia con la sangre de Jesucristo (2). El excomulgado llevó en breve al Oriente su resentimiento y furor. Mostróse el patriarca Pablo poco sensible á la afrenta de este rival, mas llegó al último punto su rabia luego que supo su propia deposicion. Llevó su violencia hasta el punto de hacer demoler el altar que el Sumo Pontifice tenia en Constantinopla en el palacio de Placidia y de prohibir á los legados que celebrasen en él el Santo Sacrificio de la misa. En esta persecucion comprendió á muchos obispos y á muchos legos celosos, á los que trató infamemente encarcelándolos y despedazándolos á golpes.

(1) *Conc. Lat. Sess. 2, pag. 16 et seq.*
(2) *Theoph. ann. 10, haer. pag. 275.*

(1) *Act S. Max. p. 36, t. 6, p. 231.*

Falleció el Papa Teodoro poco despues de este acto de rigor, que debió ser muy doloroso para su genio naturalmente dulce, afectuoso, compasivo y en extremo tierno para con toda suerte de desgraciados. Fué enterrado en San Pedro el día 14 de mayo del año 649, y este es el primer (a) Papa á quien se dió el titulo de Soberano Pontifice, y tal vez el último tambien á quien otro obispo, á saber, Victor de Cartago, haya llamado hermano. Despues de unas siete semanas de vacante, fué ordenado Martin, legado que habia sido en Constantinopla, en 5 de julio. Durante mas de seis años de pontificado tuvo que sufrir muchas atrocidades y perfidias de parte de los nuevos sectarios; pero si le eran demasiado conocidos para que dejase de descubrirlos, no penetró bastantemente su negra perfidia para poder precaverse de la violencia que le hizo morir mártir. Inmediatamente despues de su consagracion, á la que asistió San Máximo, reunió un Concilio de ciento y cinco obispos en la iglesia del palacio de Letran (1). No aterró de modo alguno su fé la dependencia en que estaban con respecto al emperador, tanto por su nacimiento, como por el territorio de sus diócesis, segun lo testifican sus nombres que son todos romanos. Aun algunos naturales de la misma Grecia y del Oriente manifestaron la mayor intrepidez y el mas santo ardor en este Concilio que tuvo cinco sesiones.

Dirigiendo desde luego Teofilacto, gefe de los notarios, la palabra al Sumo Pontifice, le dijo que, habiendo reunido á tantos fieles pastores del rebaño de Jesucristo que respetaban en su Vicario la plenitud de la autoridad apostólica, era propio de Su Santidad

(a) El primero en cuanto al nombre, no en cuanto á la dignidad ó á la cosa significada por el nombre.
(N. del E.)

(1) *Tom. 6 Concilior. pag. 75 et seq.*

darles á conocer cuanto habia ocurrido con los novadores y el estado que tenia este asunto, á fin de confirmar á todos los prelados en la fé de la Iglesia, y de alentarlos á su defensa. Tomó el Pontifice la palabra y dijo: «he creido necesario congregaros, para que todos juntos en presencia de Dios, que nos ve y que nos juzga, examinemos todo lo relativo á los errores y falsos doctores, esponiendo cada uno con el auxilio del Señor lo que este le inspire.» Empero fiel á las reglas este sabio y religioso Pontifice, exigió acusadores en forma, y que se hiciese la denuncia contra los acusados, ó por las partes interesadas ó por el primicerio y los notarios de la Iglesia romana á vista de los documentos auténticos sacados de sus archivos. Hubo abundantes medios de ambas especies, ya por parte de Esteban de Dora, autorizado por otros muchos obispos de Oriente, sin contar una multitud de abades, de sacerdotes y religiosos griegos, ya por muchas peticiones presentadas á la Santa Sede contra Ciro, Sergio y sus secuaces; sobre cuyo punto propuso el Pontifice que se examinasen los escritos de los acusados.

Conviene aqui observar que en una demanda presentada por estos religiosos en número de treinta y dos y de cinco abades, pidieron al Papa que mandase traducir en griego con la exactitud posible todo cuanto se habia ordenado y decidido en el Concilio, á fin de que despues de haberlo examinado pudiesen dar su consentimiento con plena seguridad (1). No pretendian sin duda estos piadosos solitarios, legos ó cuando mas diáconos ó sacerdotes, arrogarse el derecho de juzgar en materia de fé al igual de los primeros pastores; pues de otro modo la Iglesia romana, que nunca ha variado sobre el fundamento de la infalibilidad que

(1) *Tom. 6 Concilior. pag. 117.*